

Metáforas del educador

* * * * *

Juan Sáez Carreras
José García Molina
(compiladores)

Colección Linterna Pedagógica, 3

Directores de la colección: *Juan Sáez y José García Molina*

© *Los autores*, 2011

© De esta edición:

Nau Llibres

Periodista Badía 10. 46010 València

Tel.: 96 360 33 36

Fax: 96 332 55 82

E-mail: nau@naullibres.com

web: www.naullibres.com

Diseño de cubierta y maquetación:

Pablo Navarro, Nerina Navarrete y Artes Digitales Nau Llibres

Ilustración de la cubierta:

Pablo Navarro

ISBN13: 978-84-7642-838-2

Depósito Legal: SE-xxxx-2011

Impresión: Publidisa

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático.



Índice

Introducción	7
<i>Juan Sáez Carreras y José García Molina</i>	
Agentes dobles	15
<i>José García Molina</i>	
Alquimistas	21
<i>María Díaz García</i>	
Amigos	27
<i>Matías Bedmar Moreno</i>	
Bricoleurs	33
<i>Paola Fryd</i>	
Ciudadanos	37
<i>Antonio Portela Pruaño</i>	
Cocineros	47
<i>Marta Venceslao</i>	
Creyentes descreídos	51
<i>José Manuel Moreno</i>	
Escribas	57
<i>Xavier Orteu</i>	
Escultores	61
<i>Mary Páez Gutiérrez</i>	
Estrategas	65
<i>César Haba Jiménez</i>	
Evocadores de imágenes	73
<i>Andrés Zaplana</i>	
Exiliadores	79
<i>Violeta Núñez</i>	
Fotógrafos del tiempo (o historiadores)	85
<i>Inmaculada Montero García</i>	

Interventores	91
<i>José Miguel Nieto Cano</i>	
Jardineros	97
<i>Jordi Planella</i>	
Marineros	101
<i>Francisco Botías Pelegrín</i>	
Médiums	109
<i>Manuel Delgado</i>	
Militantes	115
<i>Juan M. Escudero</i>	
Negociadores	123
<i>Javier del Cerro del Valle</i>	
Poetas (subir y bajar con las palabras)	129
<i>Carlos Skliar</i>	
Populistas	135
<i>Margarita Campillo Díaz</i>	
Provocadores	139
<i>Jesús García Mínguez</i>	
Salvadores	145
<i>Rut Barranco Barroso</i>	
Seductores	149
<i>Juan Sáez Carreras</i>	
Transmisores	157
<i>Segundo Moyano</i>	
Corto y cambio	160
Utópicos (el viajero)	163
<i>Amalia Ayala de la Peña</i>	
Vigilantes	169
<i>Rosa Mari Ytarte</i>	

Introducción

Juan Sáez Carreras y José García Molina

Para trazar lo inefable, el poeta y el científico solo pueden metaforizar.

David Locke.

¿QUÉ ES UNA METÁFORA?

El espíritu de una introducción suele limitarse a presentar al lector lo que le aguarda, dejándole la responsabilidad de, si lo desea, adentrarse en literaturas especializadas y mares tan procelosos como cautivadores. No obstante, presuponiendo la complicidad del lector, nos atrevemos a ser un poco más osados y nos lanzamos a proponer algunas pinceladas impresionistas sobre la noción que aquí nos convoca. ¡*Nitimur in vetitum!*

La metáfora, como afirmaba Beth, es la inmediata manifestación de una clase de condición aplicada a otra. De lo que se deduce que la metáfora persigue una transferencia de sentidos y significados a una clase de objeto o idea echando mano de otra porque consideramos, evidentemente, que “existe una analogía entre las dos”. Esta es una de las muchas definiciones que podría darnos, en una investigación detenida y organizada, una comprensión amplia de la noción que articula y atraviesa las siguientes páginas, así como de la fecundidad que ha mostrado y muestra en todos

Agentes dobles

José García Molina

Universidad de Castilla-La Mancha

I.

Nosotros, los educadores, somos agentes dobles; hiperbóreos y mediterráneos, singulares y plurales. Parciales en todo lugar, soportamos mal la neutralidad del mediador, la probidad del árbitro y la escrupulosidad del negociador. Ejercemos el influjo selectivo y seleccionador con la misma pasión con la que nos servimos del martillo para crear y destruir, para escuchar y diagnosticar. Otros pueden quedarse en medio, deleitados en su ventaja que ni se moja ni se resfría, respirando aliviados lejos de los peligros de la elección y la disposición, pero nosotros moramos las aguas pantanosas y la altura de las montañas.

¡Nosotros somos antinómicos por naturaleza y excelencia! Servimos a tendencias diferentes y necesarias, nos hacemos cargo de instancias que insisten en negarse infinitamente para dejar claro que se necesitan. Entre el *educare* y el *exducere* vamos mostrando y nos vamos mostrando, exponemos y nos exponemos, tirando infinitamente del hilo de Ariadna. Nuestra vocación, contrariamente a la del espía o contraespía en tiempos de guerra, no sabría engañar a nadie. Nuestro encargo –ordenado y pagado por poderes públicos– nos obliga a ejercer influencia sobre otros. Y así, entre im-posiciones

Alquimistas

María Díaz García

Universidad de Castilla-La Mancha

TRANSMUTACIONES

El alquimista ejercita el virtuoso y espiritual arte de ennoblecer y transmutar la materia, los procesos por los que los metales vulgares e innobles se transforman en oro, metal noble por excelencia. La alquimia es una práctica que ensaya, mezcla, combina y experimenta con la materia; es el atavismo de la química de los elementos, de sus combinaciones, mutaciones, transformaciones. Lo que muta o se transforma adopta otro aspecto, cambia su apariencia, pero mantiene algo de su condición inicial, de su estructura y composición; no abandona por completo su singularidad original. En la transformación los materiales se combinan para producir colores y efectos nuevos, nuevas apariencias que no alcanzan a transmutar la esencia. Y sin embargo, “el verdadero alquimista” persigue otros propósitos menos mundanos. En la trastienda de las prácticas inmanentes y de experimentación con cuerpos químicos, la conquista última del alquimista apunta a una idea trascendente, a una tendencia ideal e idealizada: el alquimista aspira a convertir una materia en otra materia, en otra cosa radicalmente nueva o diferente, más preciada y más preciosa que la original. Aspiraciones e ideales de alquimista que, en su anhelo de transmutación hacia lo mejor y de adquisición de la más perfecta de las sustancias, no retrocede ni ante la natura-

Amigos

Matías Bedmar Moreno

Universidad de Granada

INTRODUCCIÓN

Me encuentro ya en la recta final de mi carrera profesional dedicada a la educación y el presente ejercicio me sirve como recapitulación de vivencias, por lo que no ocultaré de antemano el tono autobiográfico sobre el que se construye. Y es que escribir sobre el educador como amigo me provoca una serie de interrogantes: ¿es posible ser al mismo tiempo educador y amigo?; ¿cómo ha sido mi educación, la recibida y la ejercida?; ¿qué apporto yo a la educación?; ¿qué mensaje transmito a los educadores, actuales o futuros?; ¿qué tienen en común la educación y la amistad?

Los seres humanos nos desarrollamos socialmente y tenemos la oportunidad de disfrutar de la amistad según las circunstancias de cada cual o, quizás también, según los posicionamientos personales ante ella, pues las posibilidades de disfrutarla son ilimitadas. Como educadores, también adoptamos determinadas opciones en el desempeño de nuestra función que afectan a las posibles relaciones amistosas con el alumnado; si tienes una fuerte vivencia de amistad, podrás transmitirla y extenderla entre quienes te rodean. En este caso, ¿alguno de mis educandos/alumnos/estudiantes son ahora mis amigos? Son cuestiones que me planteo, sobre las que pretendo reflexionar en estas líneas que siguen.

Bricoleurs

Paola Fryd

Educadora Social. Montevideo, Uruguay

Do it yourself! / ¡Hágalo usted mismo!

Bajo el lema arriba citado hacemos funcionar en casa diferentes artefactos, solucionamos problemas de distinta naturaleza transformando materiales diversos e, incluso, desarrollamos habilidades que no conocíamos armando muebles prefabricados con un simple manual de muy fácil comprensión. En todo ello hasta podríamos admitir que no solo quedamos satisfechos por nuestras propias realizaciones, sino que aprendemos formas de hacer.

El *bricoleur* es, en principio, aquel que puede conseguir formas de producir por sí mismo, mirando a su alrededor, utilizando las herramientas que tiene a mano, evaluando posibilidades y alternativas de reorganización de materiales para cubrir una necesidad. Podríamos decir que se trata de un trabajo *ad hoc* que nos remite, entonces, a que muchas de las cosas que el *bricoleur* produce se crean y tienen sentido solo en las situaciones y con los materiales utilizados para la ocasión. Tal condición da al *bricoleur*, por las combinaciones que realiza y las maneras de vincular los elementos a los que recurre, un cierto estatuto de productor de originales.

Ciudadanos

Antonio Portela Pruaño

Universidad de Murcia

¿UNA METÁFORA DEL EDUCADOR?

¿Es el educador *como* un ciudadano? ¿O acaso no sería más apropiado afirmar que el educador *es* un ciudadano? Comenzar con estos dos interrogantes responde a la conveniencia de comenzar planteando si realmente estamos ante una metáfora cuando nos referimos, como tal ciudadano, a quien se dedica, de manera especializada e incluso profesional, a la educación.¹ Como sugiere el segundo de los interrogantes, pudiera ser que lo que para este texto ha sido elegido como metáfora constituyera, más bien, un atributo, en el sentido de cualidad identificable en aquello de lo cual se predica, cualidad que, a la vez, contribuye a identificarlo (esto es, a hacer emerger una identidad).

Una metáfora es algo distinto. Emplear una metáfora de algo implica traer *otra* cosa. En este caso, considerar al educador como ciudadano implica asumir que considerar que alguien es un educa-

1 Ciertamente tendría interés aplicar esta analogía entre educador y ciudadano a todos aquellos que, en mayor o menor, se ocupan de educar (como por ejemplo, los padres o tutores). No obstante, este texto concentra su atención en quienes lo hacen como una tarea especializada e incluso profesional, sin perjuicio de las semejanzas con la actividad desarrollada por otros agentes educativos, semejanzas que, en cualquier caso, no serán planteadas ni tratadas aquí de forma directa y explícita.

Cocineros

Marta Venceslao

Universidad de Barcelona

Estimados lectores, aunque pudiera parecerlo, las páginas que siguen no son, *stricto sensu*, un tratado de cocina. La causa no hay que buscarla, únicamente, en mi incompetencia en la materia sino, entre otras cosas, en que en educación no hay recetas, instrucciones ni manuales que valgan. Es más, ya sabemos que, aun utilizando los mismos ingredientes, el resultado de cada mezcla es siempre distinto, ineluctablemente enigmático.

Me inclino más bien a proponerles un particular cocinado disciplinar que, entrecruzando coordenadas pedagógicas y antropológicas, me permita bosquejar la figura del educador como *cocinero* y la educación como *cocción simbólica* de los recién llegados. El registro metafórico que incardina este breve recorrido corresponde a una de las figuras canónicas del pensamiento mitológico, estudiadas por Lévi-Strauss. Me refiero al paso de lo *crudo* a lo *cocido* o, lo que es lo mismo, el paso del estado de naturaleza al estado de cultura. El procedimiento simbólico sería el siguiente: los individuos crudos, esto es, intensamente entregados a los procesos fisiológicos (como lo serían los recién nacidos) son puestos a *cocer* con el objeto de transformarlos en personas *cocidas*. Mediante esta operación,

Creyentes descreídos

José Manuel Moreno

Universidad de Murcia

EL PROFESOR CREYENTE...

Los pasillos del instituto están todavía impolutos, desiertos de las bolas de papel de aluminio con las que los chavales envuelven los bocadillos y después emulan a sus ídolos futbolísticos. Están todavía con ese bochorno impregnado durante los meses de julio y agosto que tardará aún largas semanas en desaparecer alimentado por el “veranico de los membrillos”.

En esos primeros días de septiembre el profesor creyente se siente renovado; ha olvidado, o al menos es capaz de obviar, la mayor parte de las frustraciones con las que terminó el curso anterior. Y en esa quietud de los departamentos y pasillos, rota por algún saludo con las consabidas preguntas sobre las vacaciones y por alguna visita a la cantina o sala de profesores, donde el bullicio de saludos con caras nuevas y viejas se agolpa en la mente y no deja pensar, se dedica a volver a reconstruir sus nuevas esperanzas, a pensar en sus nuevos retos, a fantasear sobre lo que puede y no puede hacer, a planificar y programar, en definitiva a creer. A volver a empezar a creer.

El creyente ama de manera incondicional los valores que caracterizan la escuela pública. Cree en una escuela para todos, una escuela que ponga a las personas en el centro de todos los esfuerzos,

Escribas

Xavier Orteu

Educador social. Barcelona

Cuando era pequeño no quería ser ni abogado ni médico; mucho menos educador. En realidad no quería ser nada. Si pienso ahora por qué, en algún momento y de algún modo, me atrapó el oficio de educar, concluyo, sin dudas, que fue cuando creí que era posible ocupar un determinado lugar para el otro, un lugar que se podía pensar y que podía servir para cambiar las cosas.

Obviamente, esto nunca se me presentó de esta manera. Tuve que descubrir lentamente la angustia que genera percibir ser un objeto para el otro. Todavía me cuesta aceptar que esto pueda ser la condición para que algo de su palabra pueda llegarme. Dejar “mi amor propio” de lado para arriesgarme a saber qué soy para él.

No es fácil explicar por qué la figura del escriba me permite entenderme a mí mismo en la función educativa. Solo diré, antes de empezar, que es cierto: las palabras tienen dueño. Es más, añadiré que también tienen dientes que pueden morderte. Nuestro trabajo es reconocer a sus dueños, sin que las palabras nos muerdan al acercarnos.

Aunque tuve otros trabajos como educador, el primero que me enganchó fue en un centro de menores. Las nuevas admisiones se

Escultores

Mary Páez Gutiérrez

Universidad Pedagógica Nacional. Guadalajara, México

Los mejores artistas no piensan en mostrar lo que la áspera piedra en su superfluo revestimiento no incluye; romper el hechizo del mármol es todo lo que puede hacer la mano al servicio del cerebro.

Miguel Ángel Buonarroti

La vivencia de la escultura como una de las grandes expresiones artísticas de todos los tiempos me ha ido mostrando que la condición para llevar a buen puerto, hasta su último término, una obra implica en el artista la necesidad de constituirse como un “espíritu de facilidad y libertad”. Entre las virtudes de un espíritu semejante resaltan la paciencia, la observación y una amplia capacidad de expresión que le guían en el proceso de dejar nacer la obra encerrada en la materia bruta. Las distintas reflexiones y acciones que convocan al escultor a ponerse manos a la obra no permiten, en ningún caso, que su trabajo quede reducido o maniatado por las lógicas de la reglamentación y encasillamiento, o de la pura técnica. No hay estándares en la concepción y alumbramiento de una obra, no hay lineamientos precisos, apenas un constante vacío que da lugar al acontecimiento, a la afirmación y a la creación de lo que, siempre

Estrategas

César Haba Jiménez

Educador social, Almansa

POSICIONES

Nunca he comprendido a quien se niega a socializar cualquier proyecto o programa; los trabajos que se guardan con celo y misterio, como si por ellos solos pudieran ponerse en marcha y generar los efectos deseados.

A diferencia de otro tipo de trabajos, un proyecto educativo no consiste en el diseño de algún producto o los planos de un edificio que se pueden trasladar a la realidad siendo fiel al propósito inicial de forma más o menos protocolaria. En nuestro caso, necesitará algo más. No hablo de saber plasmar los presupuestos teóricos de la institución, la particular metodología para con cada uno de los sujetos de la educación, la propuesta de objetivos generales y específicos, las actividades y recursos en una temporalidad que nos permitirán sin duda empezar a pensar y estructurar cómo transmitir el contenido cultural más valioso y necesario al ciudadano, etc. Se trata, más bien, de algo que traspasa la simple declaración de intenciones pedagógicas previas.¹

1 Bienes o contenidos culturales de valor social entendidos en la línea propuesta por el informe de la UNESCO *La educación encierra un tesoro* de J. Delors: a) ético y cultural-artístico, b) científico-tecnológico y c) económico-social.

Evocadores de imágenes

Andrés Zaplana

Universidad de Murcia

El cine es un arma maravillosa y peligrosa si la maneja un espíritu libre.

Luís Buñuel.

En ocasiones, cuando camino por las calles del barrio donde nací, paso junto a un solar que permanece vallado hace ya bastantes años. Entonces, me detengo y observo la única pared que se conserva del edificio que un día albergó. En ella permanece aún un gran rectángulo negro con su superficie interna pintada de blanco. En ese lienzo, ahora agrietado por la intemperie y el paso del tiempo, pulularon una vez millones de fotogramas y empezó a forjarse mi imaginario personal.

Ahora lo pienso: quizá yo mismo contribuí un poco al cierre de aquella sala cinematográfica, cuyo nombre homenajeaba a un famoso número musical que aparecía en *La alegre divorciada* (*The gay divorcee*, 1934), una película interpretada por Fred Astaire y Ginger Rogers y dirigida por el hoy olvidado Mark Sandrich. Fue con la llegada de la adolescencia cuando pude asistir por fin a otras salas, más alejadas de casa, y fue en ellas donde descubrí el arte cinematográfico. En aquellos cines de la ciudad portuaria, por desgracia hoy

Exiliadores

Violeta Núñez

Universidad de Barcelona

Recuerdo con precisión –escribiría la autora– el momento en que Isaac, Grace, Lan y yo, en la “biblioteca parlante”, leímos la definición de educación de Antonio Gramsci. Puedo rememorar cada palabra, como si años y avatares no hubieran pasado. Recuerdo mi condición de estudiante en la vieja Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, los amores y pasiones de entonces y mi conmoción al intuir la brecha que abría ese texto:

En realidad, cada generación ayuda a la nueva generación, es decir, la forma, y la educación es una lucha contra los instintos ligados a las funciones biológicas elementales, una lucha contra la naturaleza, para dominarla y crear al hombre ‘actual’ a su época.

Lo entrevió entonces como lo vería mucho tiempo después. Entre todas las posibles, la había elegido (a ella) la profesión de pasador (¡exiliador!) de naturaleza a cultura, a todos los efectos. Sin retorno.

Fotógrafos del tiempo (o historiadores)

Inmaculada Montero García

Universidad de Granada

¿Para qué sirve un Maestro?, preguntó alguien. Y un discípulo respondió: “Para enseñarte lo que siempre has sabido; para mostrarte lo que siempre has estado mirando”.

Compleja resulta la tarea de describir metáforas y conceptualizar así una profesión como la del educador social. Compleja y errada en muchos casos. Sin embargo, nos permite dibujar y desdibujar mediante ejemplificaciones, comparaciones y símiles, ideas que pueden resultar difíciles de explicar de forma rotunda o directa. La interpretación, la explicación y atribución de significados, roles y “competencias” (entendidas como idoneidad, capacidad, aptitud...) que pueden asignarse al perfil del educador social es un ejercicio, sin duda, costoso y arriesgado por las posibilidades de equivocar o limitar su perspectiva pero, al mismo tiempo, extremadamente desafiante y atrayente. No existen demasiadas ocupaciones (entiéndase la expresión desde su perspectiva más profesionalizadora) que se propongan atender, recoger, considerar, estimar y, en suma, fotografiar instantáneas y modos de ser e interactuar tan heterogéneos, variados y, en buena medida, impredecibles.

Interventores

José Miguel Nieto Cano

Universidad de Murcia

Durante mucho tiempo y en muchos lugares, buena parte de los discursos y comportamientos en el campo de la enseñanza ha legitimado, cuando no ensalzando, la figura del profesor como interventor, dejando en sus manos el poder para evaluar y controlar la vida en las aulas y, con ello, las experiencias de los alumnos. Este modelo pervive y domina a gran escala. Yo mismo, en mi doble papel de profesor y, sí, también de alumno, he sentido la poderosa atracción de esa forma de ser y de estar en la relación educativa. En el largo proceso de iniciación a la docencia, y a falta de otros referentes, mi modelo fue naturalmente aquella muestra de “profesores ideales” que tuve en mi pasado: como alumno me gustaba dejarme llevar por el impulso que a la dinámica de aula imprimía el profesor riguroso, para aplicarme con idéntica vehemencia a sus demandas; como profesor, perseguí tenazmente apropiarme de la clase y sentirme el “autor”, el “productor” de experiencia en esos momentos de interacción. “Yo mismo soy el interventor y aquí no hay nadie más”, me he dicho a mí mismo en repetidas ocasiones, cuando miraba de frente a mi grupo de alumnos.

Jardineros

Jordi Planella

Universitat Oberta de Catalunya

De jardineros y hombres que viven cerca de ellos está repleta la historia de la humanidad. Más difícil lo tendríamos si nuestro objetivo fuera recorrer procesos históricos sobre la vida de los hombres en los jardines (seguramente todavía pendiente de pensar y escribirse). Tal vez no sea del todo arriesgado adentrarse en el laberinto de la Educación Social desde la metáfora del educador como jardinero. Que la educación pueda ser leída de forma metafórica es algo que no escapa a la vista de ningún profesional que ejerza en el campo pedagógico. La jardinería –entendida como metáfora de las relaciones humanas en general y de las relaciones educativas en particular– no resulta nada extraña. Desde la noche de los tiempos que se ha imaginado al educador como alguien que (entre otras cosas) cuida de los educandos a través de sus variadas funciones. Así, como si se tratara de un verdadero jardinero, abona y siembra, recorta las malas yerbas, riega, los alimenta, mientras ellos echan raíces y crecen con su propia fuerza. Fue Bauman¹ quien introdujo la metáfora del jardinero al diferenciar entre *culturas cultivadas* (producidas, dirigidas o diseñadas) y *culturas naturales* o silvestres.

1 Bauman, Z. (1998). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Sequitur.

Marineros

Francisco Botías Pelegrín

Universidad de Murcia

¡LARGAD AMARRAS, ZARPAMOS!

¡Oh mi voz condecorada, con la insignia marinera: sobre el corazón un ancla, y sobre el ancla una estrella, y sobre la estrella el viento, y sobre el viento la vela!

Rafael Alberti.

Con este grito de alegría iniciamos la singladura de una nueva travesía. Con una duración de aproximadamente diez meses, desde septiembre a junio, es un tiempo que bien aprovechado es más que suficiente para vivirlo intensamente y sentir todo tipo de emociones y, sobre todo, descubrir nuevos aprendizajes, nuevos conocimientos y en definitiva nuevos mundos. Todo a través de un velero de cuarenta pies, armado en un astillero español y que enrola a una tripulación multicultural formada por veinticinco tripulantes con categoría de grumetes y un marino ya bragado en las faenas de la mar. Él dirige la nave y ostenta el cargo de comandante del velero –aunque él gusta que le sigan diciendo marino–, siendo quien dirige y asume la máxima responsabilidad para que la nave y tripulación lleguen a su destino en perfectas condiciones, habiendo alcanzado los rumbos y objetivos propuestos.

Médiums

Manuel Delgado

Universidad de Barcelona

Las ciencias sociales de la religión han asumido como objeto de conocimiento una forma específica de sociedad que es la que los mortales establecen con los inmortales o con lo inmortal en general. La premisa establecida por esa lógica, que permite circunscribir una cierta área de la cultura, es que encima, debajo, en paralelo o entre medio de la nuestra existe otra sociedad con la que, a su vez, hacemos sociedad y que presenta una importante singularidad: es invisible, no puede ser percibida como materia sustantiva y la conforman seres o entidades buenas, perversas o neutrales, que son de alguna forma fundamentales para nuestra existencia, puesto que encarnan y dramatizan las claves de nuestra existencia terrena. Esas instancias vertebradoras lo son en tanto detentan una persistencia y una estabilidad mucho mayor, o infinitamente mayor, que la que caracteriza el dominio sensible en el que nos movemos los humanos. En ese territorio que está ahí, pero no vemos, residen potencias y potestades a las que se le arroja la determinación del sentido de la vida y de sus avatares, incluyendo la gloria, la bienaventuranza, la maldición, la suerte o la muerte.

Militantes

Juan M. Escudero

Universidad de Murcia

Decir cuatro cosas sobre el profesor como militante, sea incluso metafóricamente, significa andar por un terreno cenagoso, aunque he sido yo mismo quien ha decidido meterse en este lío que no es menor. Al querer armar algunas digresiones sobre ello, no dejo de sentir, al tiempo que alguna provocación intelectual, cierto desasosiego. No es para menos si, para empezar, se toma nota del origen etimológico del epíteto y uno se percata de otras palabras de la familia a la que pertenece. Militante viene del latín (*militaris, militans*) y guarda parentesco con militar y militancia. O sea que mal empezamos; sus resonancias en el pasado y sus posibles connotaciones en el presente son suficientes como para que a uno no se le pegue la ropa al cuero. “¿Dónde quieres meterte, colega?”, me digo a mí mismo.

Incluso con una licencia metafórica, o se depuran los significados materiales de ciertas palabras o la supuesta comprensión (¿nueva?) de aquello a lo que se aplican no solo puede quedar oscurecida, sino incluso dejada en manos de derivas cenagosas. Lo cierto es que, a lo largo de la historia, los significados de las palabras no son estáticos, sino histórica y culturalmente redefinidos. Con frecuencia, sus acepciones materiales se extienden y transmutan y, en

Negociadores

Javier del Cerro del Valle

Universidad de Murcia

Han pasado más de dos siglos desde que la revolución industrial provocó la necesidad de enseñar y educar a una cantidad ingente de personas con la misión de prepararlas para la vida y la producción. El fin de los gremios profesionales, con la desbandada social hacia la fábrica, trasladaron muchas de las funciones sociales y educativas, junto con su responsabilidad, a los propios padres y el estado. El modo de continuar la labor de enseñanza y educación se llevó a cabo mediante una forma de representación de la sociedad en un recinto escolar. A ese conjunto de conocimientos, símbolos y normas se le llamó currículum y a los encargados de desarrollarlo maestros y maestras, profesores y profesoras.

Al principio, esta representación de la sociedad, los fines que perseguía y los métodos de enseñanza se basaron fundamentalmente en una psicología de la educación conductista que se basaba en el estímulo-respuesta, dentro de una visión de la escuela como una fábrica, y la función del maestro o profesor autoritaria y certificadora del nivel de conocimientos (respuestas) ante los diversos contenidos curriculares (estímulos) a los que se habían sometido al alumnado. Un currículum, todo hay que decirlo, rígido y con el

Poetas (subir y bajar con las palabras)

Carlos Skliar

FLACSO Buenos Aires, Argentina

Subir y bajar en las propias palabras es la vida del poeta.
Subir muy alto, bajar muy bajo es permitido al poeta que une
lo terrestre a lo aéreo.

Gaston Bachelard. *La poética del espacio*.

Alrededor de la figura del poeta, hubo, hay y habrá una ambigüedad manifiesta, una duplicidad extrema. No se trata de dos escuelas de poesía o de dos estirpes de poetas o de de dos formas materiales de hacer la poesía, sino de la existencia de una dualidad misma en el interior de una escritura que no cesa de conmover y de sembrar inquietud. A esa figura se la ve, por un lado, como aquella que desprende luminosidad o destellos que parecen arrojar luz en medio de lo inconfesable; como aquella que aún tiene palabras para ir más allá de lo que se ha acabado, de lo que ya no existe; como aquella que reina en un territorio híbrido entre lo comprensible y lo incomprensible. Pero también se la asocia con la oscuridad, con la expresión del misterio que nunca dejará de serlo, con un tipo particular de voz que es la del desconsuelo que asume para sí lo trágico, la muerte.

La ambigüedad está en que su posición es a la vez de luz –la escritura hecha para, en cierto modo, aclarar, comunicar algo a alguien- y de tiniebla –la escritura puesta allí para, digámoslo así, enturbiar, hacer padecer–; y esa dualidad de la escritura es capaz tanto de apasionar como de entumecer, de cautivar, de liberar, lo mismo

Populistas

Margarita Campillo Díaz

Universidad de Murcia

Las metodologías participativas han ejercido una gran seducción en el profesorado que deseaba quebrar la ejecución diaria, la rutina y la costumbre. En los primeros años noventa, en mi época de estudiante, no era difícil ver a determinados profesores, de los que guardo buena imagen, hacer un esfuerzo notable por hacer clases digeribles, más dinámicas y creativas, donde el pensamiento funcionara en diferentes dimensiones. Calificábamos a tales formadores, puede que con demasiada rapidez, como críticos, y este adjetivo seguiría manteniéndolo para algunos de ellos: aquellos que justamente me proporcionaron gozo a la hora de aprender.

A medida que la maleta de mi caja de herramientas me ha permitido aumentar mi comprensión sobre lo que significa educar, esta visión ha ido mutando en mi biografía emocional. Al progresivo entendimiento ha contribuido, evidentemente, mi experiencia como formadora. Entonces trabajábamos las materias y los campos de conocimiento, buena parte de ellos dedicados a falsas dicotomías, pero apenas pensábamos en la relación educativa. En una clase cuyo contenido último parecía ser la educación, no siempre era este sustantivo el que se ponía en juego. Más de una vez suelo recrear, eso sí

Provocadores

Jesús García Mínguez

Universidad de Granada

Identificado como facilitador, mediador, conciliador, el papel de educador social se viene desvelando como un profesional marcado por la herencia. De años atrás es asumida la función de juez de paz en sus reglas de juego. Resulta evidente, en este sentido, que los límites de su acción socioeducativa están modelados por premisas de convivencia y pacificación, un modelo social, en el fondo, cargado de pautas convencionales. El lema de facilitador saca ventaja de imaginarios que diseñan un mundo feliz, sin distorsiones, ni enfrentamientos. No es por nada, pero en sus formas de pensar ya está superada la dialéctica en tanto concepción de una realidad en permanente contradicción.

El educador social conciliador se distingue por su cordura y equilibrio personal y social: “la entrega excesiva a una causa, por lo demás loable, puede poner en peligro la precisión necesaria en la ejecución o puesta en práctica del objeto buscado. Cuando se rompe el equilibrio a favor de uno de los componentes citados se aviva rápidamente el desconcierto y se arruina el proyecto.”¹ Una de las grandes virtudes del buen profesional de la educación social

1 Punset, E. (2011). *El viaje al poder de la mente*. Barcelona: Destino, 69.

Salvadores

Rut Barranco Barroso

Universidad de Castilla-La Mancha

El salvador, el redentor, el iluminado, el bienhechor, aquel que con su quehacer aparta al otro del peligro mortal que lo amenaza, que trata de encauzarlo, que da luz, acudiendo como guía y modelo ante una vida extraviada, desviada y sin norte. Aquel sobre el que recae el peso de ser adalid, quilla de la nave de ciertos individuos o grupos, persiguiendo tenazmente que marchen por el camino marcado sin perder el rumbo que les está siendo anunciado. ¡Qué gran responsabilidad ser el elegido, el mesías!

El salvador se convierte en *eikon*, icono sin defecto al cual todos deben parecerse, libre de pasiones y pecados mundanos, alzándose como modelo, marcando los patrones y estándares (de qué ser o no ser). Debemos permanecer cercanos a los preceptos del mesías para no andar como ovejas descarriadas, evitando transitar desconcertados, vigilantes siempre del camino trazado, sorteando tentaciones para no quedar agazapados. Siempre pendientes de esa luz, que como estrella polar rige y capitanea nuestro peregrinar. El redentor, con sus palabras y obras, prescribe lo que debemos hacer y prohíbe lo contrario. Nosotros apenas debemos corresponder en el apego a quien amorosamente guía nuestros pasos hacia una vida mejor,

Seductores

Juan Sáez Carreras

Universidad de Murcia

Inicialmente casi un juego de palabras: nos dicen que todo funciona con la producción, ¿y si todo funcionara con la seducción?

J. Baudillard. *De la seducción*.

YO QUIERO HACER LO QUE ELLOS HACEN

Cuenta Foucault que las clases con Roland Barthes, antes que un paquete de saberes, de instrucciones e informaciones, constituían toda una experiencia. Hecho similar debió de vivir Deleuze cuando se encontró, siendo un mozalbete de instituto, con su profesor de literatura. Al decir del propio Deleuze, con tan solo catorce años y siendo un estudiante más bien mediocre, la revelación se le presentó de forma imprevista y rompedora, más allá de lo que él podía imaginar: loco perdido, con aspecto alucinado, bizco, los pelos de punta al modo de peine, aquel profesor los sacaba del aula y creaba espacios para la transmisión mientras les recitaba versos de Gide, Baudelaire o Rimbaud. Quedó “tocado”, al igual que los alumnos de Barthes y Foucault; como los del propio Deleuze, quien se llevó el contagio de aquel maestro que transformaba la rutina en acontecimiento a las aulas de la Universidad de Vincennes y, tras su traslado, en barracones prefabricados y sin calefacción donde “se

Transmisores

Segundo Moyano

Universitat Oberta de Catalunya

Transmisor, ra. (Del lat. *transmissor*, -ōris).

1. Que transmite o puede transmitir. U. t. c. s.
2. Aparato telefónico por el cual las vibraciones sonoras se transmiten al hilo conductor, haciendo ondular las corrientes eléctricas.
3. Aparato telegráfico o telefónico que sirve para producir las corrientes, o las ondas hercianas, que han de actuar en el receptor.

Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua.

Tarde asfixiante de un cálido verano mediterráneo. Calor que ahoga la respiración provocando, en ese instintivo movimiento, un esfuerzo y, con ello, un sudor que paraliza. Bien por este motivo, bien porque ya están aquí las interminables vacaciones escolares, nos encontramos adultos y niños en un estado, por qué no decirlo, lamentable. Aquella tarde asfixiante de un cálido verano mediterráneo falló la programación, la planificación, la previsión e, incluso, la preparación. El desarme pedagógico era inminente: *¿qué hacemos?*, *¡me aburro!*, *¡qué calor!*, y el manido (con perdón) *¡vaya mierda de centro!*...

del constreñimiento de la búsqueda de sentido pedagógico y con el que me había dado de bruces.

Tras años de trabajar como educador social y después de dejar la residencia infantil, he vuelto a ver en ocasiones a los chicos con los que disfruté aquella tarde. Sin excepción, todos recordamos aquella escena con una mezcla de pasión, de recuerdo, con lecturas renovadas y con acentos y marcas diferentes de todo lo que allí se conversó.

CORTO Y CAMBIO

Una de las funciones recientemente recogidas en los documentos del colectivo profesional de los educadores hace referencia a la acción, fundamentada en una responsabilidad, de transmitir, desarrollar y promocionar la cultura. Algo así como lo planteado por Sandra Carli en torno a la transmisión educativa como una acción cotidiana y presente para la continuidad de la sociedad, pero con intención de abrir al futuro. Esa articulación de líneas temporales abre la puerta a la incertidumbre, produciendo situaciones paradójales que alimentan la inquietud necesaria para producir alguno de los efectos que el trabajo educativo persigue. Volviendo brevemente a la escena principal, ahora (tras el tiempo transcurrido) he descubierto que ir al aeropuerto me servía a mí, me gustaba a mí, despertaba mi curiosidad; pero, ¿qué garantías tenía de que todo eso pasara en los otros? Posiblemente, ninguna, o tal vez alguna –la constante angustia de saber si hay alguien al otro lado–. No es fácil, entonces, entender cómo se produce la transmisión, si es que esta se llega a producir. Sin embargo, el acto intencional de educar incluye una posición hacia la responsabilidad de transmitir que sobrepasa, con creces, la propia acción de la transmisión. El transmisor está pensado para emitir esas corrientes eléctricas, las ondas hercianas o vibraciones sonoras para que confluyan en otro lugar y produzcan efectos alejados de la *ilusión de la inmediatez*¹. Así, en la transmisión confluye la intención y la obligación de trasladar, de transferir, de difundir, y, sin embargo, se superponen la acción y la posición, se intenta hacer llegar parte de un legado propio y ajeno, pero con la

1 Debray, R. (1997). *Transmitir*. Buenos Aires: Manantial.

Utópicos (el viajero)

Amalia Ayala de la Peña

Universidad de Murcia

A mi maestro en al arte de viajar

Querido maestro que me iniciaste en el viaje, te escribo desde tierra extraña, el territorio inhóspito de tu ausencia. Surcando la llanura avanza el corazón a galope desbocado, allá en el horizonte el destino soñado, quizás simplemente hablado, aún por redescubrir con los ojos nuevos del que viajando se hace aprendiz, del novato, del que sin historia, ligero de equipaje, se apropia con pasión del aire nuevo, respira con vigor y siente. Siente y hace sentir, de nuevo.

Al mostrarse la Aurora temprana de los dedos de rosa, el viaje, mundo de los inquietos, aventureros y errantes, que surcan mares y tierras, libros y estantes, en la búsqueda del otro, el distinto y diferente; y en cierto modo la huída, sí la huída, de la propia capacidad o responsabilidad de construir, de la propia voluntad para generar lo nuevo o reconducir lo ya conocido. Y el vagar, es la vida bohemia que recorre, busca, contrasta, añora y también genera una nueva forma de ver y entender que reconoce la existencia de otras formas de ver y entender, las que le ayudan a relativizar lo ajeno, también lo propio.